
EL PSI TRAS EL CONGRESO DE PALERMO

Federico Coen



4

No es fácil expresar sintéticamente el significado político del 42.º Congreso Nacional del Partido Socialista Italiano, celebrado en Palermo a fines de abril. Aparentemente, el Congreso ha dado unos resultados inferiores a las expectativas despertadas. En realidad, hay que considerar que en las semanas y en los meses anteriores a su celebración, el Partido se había visto sometido a las fortísimas presiones ejercidas por las dos principales fuerzas políticas.

Por parte del PCI, con el fin de inducir a los socialistas a romper la colaboración del gobierno con los democristianos y con los partidos laicos menores, para embarcarse en la aventura de una alternativa de izquierda o, más concretamente, para llevar a los comunistas a un gobierno de coalición, de *salud pública*; la DC, en sentido opues-

to, para convencer al PSI de la conveniencia de romper definitivamente los puentes con las otras fuerzas de izquierda, y de que aceptara una colaboración permanente, en todos los niveles, con la DC. Estas abrumadoras *atenciones* que debía soportar el Partido Socialista se explican por la *centralidad* de este partido, en el sentido de

que su participación es determinante —en el plano parlamentario— para la formación de cualquier gobierno. Se comprende menos la masiva campaña de la prensa llamada *independiente* que, del mismo modo, tendía a simplificar y a dramatizar las alternativas congresuales. El titular del acreditado *República* —órgano independiente, pero en la práctica alineado con el PCI, dirigido por Eugenio Scalfari—: «El PSI opta: ¿Piccoli o Berlinguer?», expresaba de la manera más clara este montaje periodístico que tenía como premisa implícita que los socialistas, en cualquier caso, están destinados a desempeñar un papel subalterno.

No obstante, quien hubiese leído con honradez las tesis congresuales presentadas por Bettino Craxi en el mes de febrero, y sobre las cuales habría de volcarse el voto del 70 por 100 de los inscritos, se habría dado cuenta de que este tipo de expectativa no tenía ningún fundamento, puesto que los temas del congreso iban por otro lado. De hecho, en el documento *craxiano*, la atención principal se concentraba, no tanto en la estrategia a largo plazo del partido (que sigue siendo la elaboración de una alternativa de izquierda al sistema de poder de la DC), ni tampoco a corto plazo (que continúa siendo la de la llamada *governabilidad*), y ni siquiera sobre la cuestión de la fórmula de gobierno, sino sobre los contenidos programáticos a los que debe vincularse la línea política del Partido y, en el plazo inmediato, su acción de gobierno; contenidos que, por otra parte, habían quedado, en buena medida, indeterminados bien en el proyecto socialista aprobado en el congreso precedente celebrado en Turín (proyecto que constituía más una *filosofía* que un programa), o bien, de manera más acentuada todavía, en los acuerdos programáticos de los gobiernos de coalición con participación socialista. Es

El Congreso ha corroborado la propuesta presentada por Craxi y las sugeridas por Scalfari, por Lombardi o por De Martino.

verdad que en los documentos congresuales de las dos minorías de izquierda (la encabezada por Riccardo Lombardi y la representada por Francesco De Martino), la cuestión del cambio del tipo de gobierno —con participación de los comunistas— ocupaba un espacio central, pero la exigüidad de los acuerdos logrados por estas dos corrientes (respectivamente el 20 y el 7,5 por 100 de los votos) excluía la posibilidad de preeminencia de este planteamiento.

Nos remitimos a los hechos: el congreso ha corroborado, como es obvio, la propuesta presentada por Craxi, en nombre de la mayoría, y las sugeridas por Scalfari, por Lombardi o por De Martino. Ningún golpe de efecto, ningún paso de vals, ninguna crisis de gobierno. El debate se ha centrado en el análisis de los problemas de la sociedad italiana, en la valoración de las relaciones internacionales, en la búsqueda y profundización de líneas concretas de reforma y de iniciativa programática, mientras que el diálogo con los demás partidos se desenvolvía en el marco del contraste de los problemas del país y no en función de dramáticas *opciones de campo*.

Si ha faltado, por tanto, la *puesta en escena* preconizada por la gran prensa, eso no significa que se haya tratado de un congreso en tono menor, carente de importancia política o, incluso —como ha escrito alguno—, de una especie de pasarela triunfal del secretario general. Por el contrario, ha sido un congreso destinado a dejar huella. ¿En qué dirección?

Esquemmatizando, creo que cabe decir que con el Congreso de Palermo se ha concluido una fase y se ha iniciado otra nueva en la vida del PSI. La fase que ha concluido es la que podríamos llamar de *recuperación de identidad* por parte del partido, que se había iniciado en torno a 1976. Puede parecer

extraño que un partido que cuenta con casi noventa años de vida, y, por consiguiente, debiera tener ya una imagen bien consolidada de sí mismo sufra, en cambio, crisis de identidad. Pero hay que considerar cuánta erosión ha experimentado durante estos noventa años, y que no sólo ha sido interrumpido por la larga censura del período fascista (cuando el partido estaba reducido a ese descarnado manojo de desterrados, y a unos pocos activistas clandestinos rastreados por la Policía de Mussolini), sino que ostenta, además, las señales de frecuentes crisis y escisiones. Si nos limitamos al período que se inicia en la segunda postguerra, se pueden contar tres principales escisiones (1947, 1964 y 1969, esta última precedida por una reunificación fallida), y, sobre todo, hay que contar dos largos períodos durante los cuales el PSI se vio reducido a posiciones absolutamente subalternas, en el seno de coaliciones dirigidas por otros partidos: el primero es el de la alianza *frontista* con el PCI (1947-1953); el otro es la segunda fase del centro-izquierda (1964-68), cuando los socialistas aceptaron una alianza general con la DC, no sólo en el plano nacional, sino también en las administraciones locales y renunciaron a la mayor parte de los programas de reforma en nombre de los cuales habían participado en el gobierno. Este es, además, el período en el que las estructuras mismas del partido, y una parte considerable de su grupo dirigente, sufrieron el influjo del sistema de gobierno de la DC, dejándose contaminar por los fenómenos de clientelismo, de mercantilismo y de corrupción que envenenaban entonces (y en buena medida, todavía hoy) al partido de la mayoría relativa.

El intento de superar la crisis de consensos en la que había caído el PSI a finales de los años sesenta se dilataba a lo largo de casi un decenio. En los años de la secretaría Mancini (1969-72), el

Las estructuras mismas del Partido se dejaron contaminar por los fenómenos de clientelismo, de mercantilismo y de corrupción.

partido procuró sintonizar con la ola de *contestación* obrera y juvenil que se habían desarrollado espontáneamente a partir de 1968, y recavar en ella una mayor fuerza para imponer a la DC, en el seno del gobierno, una legislación más avanzada. Los resultados más consistentes de esta nueva fase del centro-izquierda fueron el estatuto de los trabajadores, la institución del referéndum y la introducción de las regiones. Pero la tentativa de plantear un partido *de movimiento* sobre una estructura que todavía se hallaba fuertemente contaminada de clientelismo implica una profunda contradicción. El PSI pagó el precio de esta esquizofrenia en las elecciones políticas de 1972, cuando llegó a su mínimo histórico (9,6 por 100 de los votos). En los años siguientes, bajo la guía de De Martino (1972-76), el PSI juega la carta de la mediación entre los dos partidos mayores: por una parte, colabora en el gobierno con la DC, en una situación de crisis económica incipiente (en conexión con la crisis petrolífera) que condiciona fuertemente la acción reformista; y, por otra, sostiene sin reservas la solicitud avanzada por el PCI en el marco de la política del *comunismo histórico*: es decir, ser a su vez un asociado en el gobierno de coalición. Esta política oscilante es entendida por el cuerpo electoral (y también por la mayoría de los militantes) como una doble subsidiariedad, a la que hay que añadir ambigüedad cultural y una situación de total aislamiento internacional capaces de privar al partido de toda fuerza de atracción, sobre todo entre las masas juveniles, cuya influencia se ve sumamente con la ley que extiende el derecho al voto a los jóvenes mayores de dieciocho años.

Así pues, la derrota electoral de 1976

escuece todavía más que la precedente, porque aunque es verdad que el porcentaje permanece invariable (9,6 por 100), también es cierto que este desilu-

sionante resultado coincide con un fuerte desplazamiento general a la izquierda por parte del cuerpo electoral, desplazamiento del que solamente se beneficia el PCI, que alcanza su máximo histórico (34 por 100). Estas cifras —comparadas con los resultados de las primeras elecciones de la postguerra, celebradas en 1946 (cuando el Partido Socialista obtuvo, con el 20 por 100 de los votos, una aceptación superior a la de los comunistas, que lograron el 19 por 100)— venían a significar que en el curso de un trentenio los socialistas habían cedido a sus hermanos/enemigos la mayor parte de su patrimonio político.

A partir de lo dicho, está bastante claro qué se pretende decir cuando se habla —a propósito del PSI— de un problema de recuperación de *identidad*. Al menos desde 1976, en la conciencia colectiva del partido ha madurado la convicción de que su declive tenía su origen, más que en errores políticos contingentes, en su incierta colocación respecto de las experiencias históricas del movimiento obrero y socialista, de su ambigua ubicación internacional y de su falta de confianza en la posibilidad de desempeñar un papel autónomo e inconfundible en relación con los otros partidos. Esta conciencia difusa ha suscitado una aceptación progresivamente mayor entre todos aquéllos, intelectuales y dirigentes políticos y sindicales, que se han comprometido sin reservas en el esfuerzo de remontar esta pendiente.

De todos es sabido que el primer resultado consistente de este esfuerzo de reconstrucción ha sido el *proyecto socialista*, aprobado en el Congreso Turín (1978) por la nueva mayoría dirigida por Bettino Craxi y formada esencialmente por la corriente autonomista, fundada muchos años antes por Nenni, y por la corriente de izquierda de Lombardi y Signorile. El proyecto, en su

El PSI es, en Italia, el único partido que puede lograr el desbloqueo de la situación de estancamiento a la que nuestro sistema político se ve condenado.

parte sustancial —que conserva intacta su validez—, señalaba una serie de opciones de principio destinadas a formar el cuadro de referencia de la iniciativa política del PSI: rechazo claro e inequívoco del modelo soviético y de todas sus derivaciones más o menos sofisticadas; toma de distancia de la tradición teórica marxista-leninista, con sus implicaciones totalitarias, y una valorización paralela de los otros filones de la cultura política presentes en la historia del partido: el libertario, el reformista y el liberal socialista; valoración de las experiencias socialdemócratas, sobre todo en el plano metodológico, a pesar de las limitaciones de los resultados ya conseguidos; toma de distancia de todas las versiones estatistas del socialismo, con la revalorización de los mecanismos de mercado y, a la vez, de las instancias autogestionarias; opción occidental, entendida no sólo como aceptación de un sistema de alianzas políticas y militares, sino también como adhesión de principio a un modelo de sociedad abierta y pluralista, en la cual el conflicto ideal y político no se ve reprimido como un mal sino que es asumido como un factor insustituible de progreso y de innovación. Se trazaba de esta manera el *identikit* de un Partido —por tantas razones nuevo, con respecto a la realidad italiana—, decidido a reintegrarse en la gran familia del socialismo democrático europeo. En efecto, el de Turín fue un congreso *sui generis*, casi un acto de refundación, que comprometía a los socialistas a ajustar cuentas consigo mismos, antes incluso que con el resto de las fuerzas políticas y las fuerzas sociales. Un acto de orgullo, si se quiere, pero que no puede ser reducido, sin embargo, a mero patriotismo de partido si se considera que el PSI es, en Italia, el único partido que puede lograr el desbloqueo de la situación de estancamiento a la que nuestro sistema político se ve condena-

do por el *bipartidismo imperfecto*, basado en el binomio DC/PCI, y despejar el camino para un mecanismo de alternancia de poder; por eso, el crecimiento de este partido no es un problema que incumba sólo a los socialistas, sino que es un gran problema nacional. La corroboración de ello está en el hecho de que la refundación del partido emprendida en Turín ha dado consistentes frutos electorales en todas las votaciones que se han sucedido.

A pesar de estos éxitos, las limitaciones políticas del Congreso de Turín no tardaron en manifestarse, al menos bajo dos aspectos, ambos fundamentales: la cuestión del programa y la de la estrategia política del partido. En este punto, el PSI estaba dotado de un cuadro de referencia ideal bien definido; sin embargo, seguía desprovisto todavía de una plataforma programática capaz de enfrentarse concretamente con los problemas del país, de acuerdo con la óptica de una izquierda de gobierno. Y precisamente porque el programa era y es el banco de pruebas de la validez de las opciones de principio logradas en Turín, estas opciones permanecían en cierto sentido suspendidas en el vacío, y la imagen misma del partido aparecía, de alguna forma, desenfocada. El problema no tenía fácil solución, porque la generalidad con que el partido socialista había considerado los problemas de gobierno del país no se debía a la casualidad, sino que, por el contrario, dependía de la distinta tradición cultural y política de los dos componentes de la mayoría de Turín: la dirigida por Craxi, que se identificaba con la tradición del gradualismo reformista, y la dirigida por Lombardi, más ligada a la tradición maximalista y *movimientista* de la iz-

to, se da uno cuenta de que el intento de fundir en un único crisol estas dos culturas se había logrado sólo en parte. Los contrastes surgidos en la mayoría de Turín, durante el trienio, vienen a confirmarlo¹.

Bajo este aspecto, el Congreso de Palermo ha tenido indudablemente una función importante de clarificación y de desarrollo de la línea general del partido, que incluso se refleja en su imagen. La explícita apelación de Craxi a la tradición del socialismo reformista como fuente de inspiración política del PSI tiene el valor de una opción muy nítida con respecto al dualismo que alentaba todavía en el planteamiento del proyecto, y esta opción halla un contraste coherente en el contenido de las tesis programáticas de la mayoría aprobadas por el XLII congreso. No es una casualidad que, en la nueva plataforma programática del PSI, asuman una importancia central temas tales como el de la reforma constitucional encaminada esencialmente a garantizar la estabilidad y la continuidad del poder ejecutivo, y a fortalecer el papel de dirección política del gobierno; el tema del relanzamiento de la programación económica basada en la implicación de todas las fuerzas sociales, empezando por los sindicatos; el de la participación sindical en la gestión de las empresas. Mientras que en las relaciones internacionales se reafirma con energía la exigencia de la seguridad militar, basada en la cooperación con los Estados Unidos, como condición irrenunciable para el relanzamiento de la distensión internacional y de la propia unidad europea. La imagen del PSI que se desprende del Congreso de Palermo es, por consiguiente, mucho más parecida que en el

quierda y no inmu-
ne, en el plano inter-
nacional, a las su-
gestiones neutralis-
tas y tercermundis-
tas. Si releemos hoy,
con la distancia de
tres años, el proyec-

La explícita apelación de Craxi a la tradición del socialismo reformista, tiene el valor de una opción muy nítida con respecto al planteamiento del Proyecto.

pasado a la de la so-
cialdemocracia ale-
mana. Desde esta
óptica, cabe decir
que el XLII congre-
so subraya la termi-
nación y la culmina-
ción del proceso de

recuperación de identidad del que hablaba más arriba. Y en la medida en que la conclusión de este proceso se coagula en un marco orgánico de di-

La imagen del PSI que se desprende del Congreso de Palermo es mucho más parecida que en el pasado a la de la socialdemocracia alemana.

rectrices programáticas, sobre las que se ha abierto en Palermo el contraste con los otros partidos democráticos, en esta medida, repito, puede decirse que se inicia al mismo tiempo una nueva fase en la vida del PSI, en la cual el objetivo estriba en reunir las fuerzas suficientes para llevar a la práctica aquellas directrices.

Esto me lleva al otro tema sobre el cual el Congreso de Palermo marca un momento de clarificación y de desarrollo respecto de los límites de la anterior asamblea del partido: se trata de las relaciones con las otras fuerzas políticas y, por tanto, de las alianzas y de la estrategia política. En Turín, el PSI había asumido como objetivo estratégico propio la realización de una alternativa de gobierno de la izquierda unida, en el marco de un mecanismo democrático de alternancia en el poder entre fuerzas progresistas y fuerzas conservadoras; sin embargo, los socialistas proponían al mismo tiempo la formación de gobiernos de unidad nacional, con la participación directa o indirecta de los comunistas, con vistas a una posterior evolución del cuadro político en el sentido de una alternativa. Esta propuesta venía justificada, a juicio de los socialistas, en razón de la no subsistencia, por el momento, de las condiciones numéricas (mayoría parlamentaria) ni tampoco políticas para una alternativa, a causa de los vínculos políticos e ideológicos residuales del PCI con el frente comunista mundial dirigido por la URSS. La experiencia de estos tres años ha demostrado la fragilidad de tal planteamiento. El hecho cierto era que afrontar la gobernabilidad a corto plazo desde la perspectiva de la unidad nacional significaba secundar la tendencia de

los comunistas a buscar su propia legitimación a gobernar aliados con la DC, sin llevar a cabo las revisiones ideológicas y políticas previas solicitadas por los socialistas; significaba, además, colocar al PSI y a los partidos laicos menores en condiciones de marginalidad política. En otras palabras, el objetivo de la unidad nacional no sólo resultaba poco realista, teniendo en cuenta las relaciones entre las fuerzas políticas, sino que resultaba, por añadidura, totalmente contradictorio con respecto a la construcción de la alternativa en los términos rigurosos en los que la entendía el Congreso de Turín; es decir, como un proceso vinculado al fortalecimiento del papel del PSI y al desarrollo del eurocomunismo.

Todo esto emergió a la superficie durante 1979 cuando los comunistas se disociaron de la mayoría de unidad nacional, aventurando la exigencia perentoria de participar directamente en el gobierno y provocando de este modo las elecciones anticipadas; después, desencadenaron una durísima campaña contra las decisiones del gobierno democristiano (compartido por los socialistas y por los partidos laicos menores) de autorizar la instalación de los euromisiles como respuesta a la instalación de los soviéticos. Y todavía fue mayor la evidencia cuando el enroque del PCI suscitó como reacción el de la DC, que en su congreso nacional (febrero de 1980) acabó con la política de unidad nacional. Esto constriñó a los socialistas a enfrentarse con los comunistas en el choque frontal con la DC, o bien asumir autónomamente la responsabilidad del gobierno. En la elección de esta segunda vía (una elección muy penosa que provocó, en un primer momento, serios desgarramientos en el partido), el PSI se dejó guiar por dos consideraciones principales: de un lado, el peligro de dejarse envolver de nuevo en un planteamiento frontista,

dominado por un PCI en trance de regresión respecto de la perspectiva del eurocomunismo; de otro, el deber de evitar el colapso de las instituciones, asegurando al país un mínimo de gobernabilidad.

El Congreso de Palermo no se ha limitado a ratificar esta corrección de rumbo, que se resume en el *slogan* de la *governabilidad*, sino que ha tratado de dar a la misma un respiro estratégico, con el fin de evitar que la renovada colaboración de gobierno con la DC se reduzca a una repetición quebradiza del centro-izquierda. El PSI ha rechazado del modo más absoluto la idea de una alianza general con la Democracia Cristiana, confirmando la política de colaboración con los comunistas y con las otras fuerzas de izquierda en las administraciones locales y en los sindicatos. Es más: ha objetado con la misma claridad la pretensión de la DC de mantener con carácter permanente la dirección de los gobiernos de coalición, proponiendo de manera explícita la idea de una alternancia. En la vertiente opuesta ha expresado su disponibilidad para una confrontación programática con los comunistas y para la búsqueda de los caminos a seguir con vistas a crear las condiciones para la formación de un gobierno más representativo y más avanzado. Entre tanto, continúa sosteniendo la supervivencia del gobierno Forlani hasta que no hayan madurado las condiciones. Fuera del lenguaje diplomático, esto significa que el PCI queda invitado a sostener —cuando llegue el momento— una presidencia del gobierno socialista, entrando a formar parte de la mayoría pero sin pretender participar en el gobierno. Una hipótesis que Berlinguer no ha aceptado todavía, pero que tampoco ha rechazado, dejando abierta la posibilidad del diálogo y que se utiliza para evitar que la conflictividad entre los dos

partidos de la izquierda supere los niveles de seguridad.

En síntesis, el PSI, tal y como ha aparecido en el Congreso de Palermo, es un partido que ya no acepta el desempeñar un papel subalterno, ni el alineamiento al lado de uno y de otro de los dos partidos mayores, o de entrambos, como a veces ha sucedido en el pasado, sino que, por el contrario, está decidido a servirse de su *centralidad* para ejercitar sobre ellos una presión creciente: sobre la DC, para objetar y limitar su hegemonía sobre el Estado e inducirle a aceptar una política de reformas, tanto en el terreno institucional como en el de la gestión de la economía; sobre el PCI, para impulsarlo a reanudar y a desarrollar el proceso de revisión de la propia ideología y de recuperación íntegra de su propia autonomía internacional, de la que depende la construcción de una alternativa de gobierno de la izquierda unida. Es ésta una línea que debiera suscitar asentimientos crecientes, incluso en el plano electoral, por parte de todos aquellos individuos y grupos que soportan mal la situación de estancamiento y de parálisis política consiguiente al *bipartidismo imperfecto* que viene dominando la política italiana desde hace treinta años. Con una condición, sin embargo: que el PSI logre agrupar en torno suyo a los partidos laicos menores, que tienen todavía una implantación electoral nada desdeñable, aunque sea dispersa, y poseen una influencia muy notable en los *mass media* y en la opinión pública. Paradójicamente, la dificultad mayor, por el momento, parecer ser precisamente ésta, como lo demuestran las malas relaciones con el Partido Republicano y con el Partido Radical.

El PSI es un partido que ya no acepta el desempeñar un papel subalterno, ni el alineamiento al lado de uno y de otro de los dos partidos mayores.

Concluyendo, quisiera repetir y ampliar cuanto decía al principio de este escrito, no es fácil expresar de manera clara y sintética —sobre todo a un

público extranjero— la línea política del PSI y, en general, la compleja realidad política italiana. Ello no depende, como alguno podría pensar, de una vocación nacional por la intriga política depende de una situación objetivamente intrincada, debida por un lado a la existencia de dos grandes partidos entrambos *anómalos* respecto de los *standards* europeos; por el otro, a un sistema institucional que favorece la fragmentación de los partidos y la dispersión de las coordenadas políticas (sistema parlamentario puro y leyes electorales proporcionales). En estas condiciones, la vida de un Partido Socialista no es fácil. Si, por ejemplo, lo comparamos con la situación francesa, podemos advertir que la diferencia entre la situación del partido de Craxi respecto del partido de Mitterrand no reside sólo en el hecho (ya de por sí decisivo) de que las relaciones de fuerza entre socialistas y comunistas en los dos países están invertidas, sino también en el hecho de que en Italia no le está permitido —como en el sistema presidencial francés— a las fuerzas de izquierda el prepararse para la sucesión permaneciendo fuera de las responsabilidades del gobierno. El siste-

En Italia no le está permitido a las fuerzas de izquierda el prepararse para la sucesión permaneciendo fuera de las responsabilidades del gobierno.

ma parlamentario y la pulverización del cuadro político debida a la ley electoral constriñen a la izquierda, o a una parte de ésta, a entrar en gobiernos

de coalición con fuerzas conservadoras o moderadas, y, de hecho, ha sido el PSI quien ha pagado hasta ahora ese precio para evitar que la democracia fuese atropellada. Y no cabe duda de que este tipo de colaboración obstaculiza el crecimiento impetuoso de la fuerza socialista que se ha producido en Francia, precisamente a partir de la introducción del sistema presidencialista. No quiero decir con esto que la reforma constitucional sea un *curalotodo* (y, además, hoy, en Italia, ninguna fuerza política se declara presidencialista). Quiero decir solamente que no se puede comprender la política del PSI, y las dificultades con que ésta se tropieza, si no se tienen en cuenta estas anomalías del *caso italiano*.

Traducción de J. A. Matesanz

¹ Quisiera recordar, a este respecto, el debate que se ha desarrollado recientemente en *Mondo-operario* (núms. 11 y 12 de 1980 y en el núm. 1 de 1981) sobre el tema *En memoria del proyecto socialista*.